

Retorta

Sal líquida

Tlálic Jared Castañeda Barraza

¿Tú te acuerdas de la primera vez que viste el mar, Estela? No pensaste en su inmensidad y poco menos en su inmedible imagen de nostalgia. Era para ti, imaginario y apacible, la fotografía de un charquito pequeño o una alberca a la que apenas, a duras penas, achicando los ojitos y haciendo binoculares improvisados con las manos, se le divisa el final y se le desconoce el inicio. ¿Y qué opinas de la tristeza, Estela? ¿Te parece tan profunda como nuestro desconocimiento sobre el océano? Sé que al verlo recordaste estas palabras:

Fuensanta:

¿tú conoces el mar?

Dicen que es menos grande y menos hondo que el pesar.

Y sé también, Estela, que no hubo más remedio que echarse a llorar. Sé de la vergüenza, de tus pasos marcados en la suavidad de la arena, que terminó por endurecerse para enmarcar el recuerdo de tu caminar presuroso y tropezado, con el que te alejaste metros, largos metros para regalarle más sal a esa agua infinita, en una soledad ilusoria, en la orilla donde no te observaba más que aquel gigante obstinado en la tarea de ir y venir, de traer y llevar.

¿El tiempo se habrá suspendido, Estela? Porque te escucho recurrir a ese momento, dando los mismos pasos, repitiendo la rutina de un ritual que sucede solo una vez, dando la misma marcha con tus palabras, poco a poquito hasta dejar caer de tus ojos un mar más pequeño, pero no menos pesaroso. «Yo no imaginaba su grandeza». Casi tan grande como la vida misma, ¿verdad, Estela? Yo te pregunto tantas cosas, lo sé, pero es el temor a mi desconocimiento de ti, ¿crees tú, que si metiéramos los pesares de todos al piélago, se secaría? ¿Qué tal si con nuestras lágrimas se haría tan gigantesco que terminaría por comerse la tierra, los árboles y hasta los edificios más grandes? ¿Nos convertiríamos en peces que navegan en la inmensidad del pesar?

Cuéntame esa historia otra vez, Estela, haz una reiteración de tu sorpresa, de la conmoción, para cuando yo dé pasos tropezados, con los pies hundidos en la arena húmeda de sal lagrimosa, me venga en forma de admiración al recuerdo, tu recuerdo, un poema que no te pertenece, ni me pertenece, que es de nadie, de alguien, quizá de todos y la vida misma, así le quitaremos al pesar la inmensidad que le pertenece a las lágrimas móviles y repetitivas, a la sal líquida. Así no serás ni seré tristeza, sino asombro y el oleaje alegre de un corazón compartido en la memoria.